

EL ELEMENTO ESPAÑOL EN EL VOCABULARIO INGLÉS: PROLEGOMENOS A UNA LISTA

Al investigar la aportación del español al vocabulario inglés lo primero que hay que decidir es cuáles elementos van a entrar en el cómputo. Mary Serjeantson (*A History of Foreign Words in English* Londres 1935) incluye solamente «las palabras verdaderamente españolas, o sea, románicas» («real Spanish-romance words», pág. 195), y trata aparte los elementos árabe y americano, aunque en ambos casos reconoce el papel de España en introducir estos elementos en el inglés, y en los demás idiomas europeos. Actuar así es disminuir la importancia de los dos hechos históricos que más evidentemente caracterizan a España entre todos los países del mundo; salvo tal vez Portugal, pero, a pesar de la lógica tentación, excluyo el portugués de mi estudio. Pero el árabe está incluido, es decir, palabras de origen árabe que parecen haber entrado directamente en el inglés provenientes del español, como *alcalde*, *alfalfa*, *arroba*, o que llegan a la familia lingüística europea a través del español y que luego han pasado al inglés, como *alcove*, *artichoke*, *lime*. Las palabras indoamericanas incluidas, en su mayoría llegan al inglés directamente (por ejemplo, *canoe*, *cascara*), pero a veces pasan por el francés u otro idioma europeo (*caoutchouc*, *cougar*, *jade*).

Huelga agregar que muchas de las palabras españolas románicas que han entrado en el inglés igualmente han pasado por el francés (*aubade*, *bandoleer*, *camisole*). Con referencia al inglés se puede decir que el español hace por los idiomas indoamericanos las veces que hace el francés por el latín, o sea, que es el canal por el que pasan a nuestro idioma.

La exclusión del portugués del estudio no puede ser completa, porque la aceptación de una nueva palabra en un idioma no es consecuencia de una decisión ministerial o académica, aun en los países donde existe tal posibilidad, sino que resulta en muchos casos de un lento proceso histórico. *Albacore*, *albino*, *alcatras* son ejemplos de palabras que provienen

tanto del español como del portugués, y *cast(e)*, español, es portugués en su aplicación india, desde luego la más importante en nuestros días. De igual manera hay palabras en inglés que han llegado del español y del italiano, por ejemplo, *cavalier*, cuyas formas originales en inglés, *cavallero*, *cavaliere*, etc., revelan su origen español (el primer documento 1470 menciona a Aragón); luego se agregaron *cavaleiro*, portugués, *cavaglier*, italiano, y por fin, como a menudo ocurre, la forma actual por influencia del francés, *cavalier*, adaptación ella misma del italiano.

El vocabulario inglés que se ha examinado para fines de este estudio es el del diccionario de Oxford, los doce tomos originales y el décimotercero del suplemento, procedimiento imprescindible para cualquier estudio histórico o etimológico del inglés. De útil control ha servido el nuevo Webster (*Third New International Dictionary*, Springfield, Mass., 1961), y en materia de etimología el diccionario de C. T. Onions (*Oxford Dictionary of Etymological English*, Oxford, 1966). Control y guía en toda cuestión de etimología española han sido los cuatro tomos de Joan Corominas (*Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*, Berna 1954).

Una lista así compilada tendrá algo que decirnos, inclusive algunas sorpresas, pero no podrá aumentar ni disminuir la influencia española en el vocabulario inglés, solamente puede describirla, o cuando más revelarla. De los idiomas extranjeros europeos el que sin comparación mayor influencia ha tenido en el inglés es el francés, principal fuente de nuestro léxico; luego sigue la influencia escandinava. A pesar de la advertencia esbozada por R. C. Trench (*Englich, Past and Present*, Londres 1855, 11.^a ed. 1881, pág. 18): «Si (la mía) puede considerarse colección más o menos completa de nuestras palabras italianas, las españolas son casi tan numerosas», la profesora Serjeantson todavía en 1935 considera que «después del latín, francés y escandinavo, el idioma al que el inglés debe mayor número de palabras extranjeras es el italiano» (*op. cit.*, pág. 183); y coloca al español en el rango siguiente. Es de dudar si tenía razón cuando escribió estas palabras, por no haber tomado bastante en cuenta el ritmo adquisitivo de hispanismos durante el siglo pasado, mantenido en el actual. Por la influencia de los países hispano-americanos, y por la proximidad de los Estados Unidos a ellos, es evidente que el elemento español en el inglés ha crecido últimamente, y lógico que siga creciendo.

Sin incluir las palabras derivadas de las de origen español, aun cuando se tratan separadamente en el diccionario, pero sí incluyendo palabras árabes y americanas transmitidas por el español, el Oxford English Dictionary contiene unas 1.650 palabras de origen hispánico. En el libro de

la señora Serjeantson —la única persona a tratar la materia más o menos completamente— aun reuniendo las palabras correspondientes en sus capítulos sobre el árabe, el español y los idiomas americanos, no encontramos más de unas 290 (una cifra total nunca se puede dar, por dudas de etimología que siempre se presentan), poco más de la sexta parte de las que hay en el O. E. D. Todas las palabras que cita provienen del Shorter Oxford, y mientras naturalmente se sirve de la obra completa para las etimologías, no toma en cuenta el décimotercer tomo, el Suplemento, que habrá aparecido tarde para ella, pero es precisamente el Suplemento, con mucho material del siglo diecinueve, que apunta claramente hacia el futuro. Pero aun sin tomar en cuenta el Suplemento, tanto el Shorter como el Oxford completo revelan un mayor número de hispanismos en el siglo XIX que en cualquier anterior:

S. E. D. siglo XVI, 246; XVII, 267; XVIII, 168; XIX, 321.

S. E. D. siglo XVI, 296; XVII, 389; XVIII, 237; XIX, 639.

Esta última cifra, aun quitándole todos los hispanismos registrados en el Suplemento, que son más de 200, todavía resulta mayor que la de cualquier otro siglo. Limitándonos solamente a las palabras venidas de los países hispanoamericanos, o como resultado de la aventura americana, lo mismo vemos un constante aumento, de 70 en el siglo XVI a 120 en el XVII, 125 en el XVIII y 396 en el XIX. Los correspondientes porcentajes son: 24 por ciento, 31 por ciento, 53 por ciento y 62 por ciento.

(Debo aclarar que considero como hispanismos americanos no solamente las palabras indoamericanas transmitidas al inglés a través del español —*avocado, chocolate, potato, quinine*—, sino también las que nos llegan como consecuencia de los viajes españoles a las Indias, inclusive Filipinas, y su permanencia en ultramar —*cigar, cockroach, disbogue, intendat*—. Incluso además algunas palabras como *breeze*, cuya venida al inglés y boga entre nosotros se debe en buena parte, aunque no totalmente, a nuestros contactos marítimos y terrestres con los españoles residentes en las Indias o traficantes con ellas. Por este sistema hay unos pocos ejemplos —*adobe, hackamore, loco, moro* con referencia a las Filipinas— que demuestran a la vez las influencias árabe y americana).

Desde luego, la secular ocupación musulmana se refleja en la aportación del español al léxico inglés, pero éste mismo ofrece un juicio claro en cuanto a la relativa importancia que da el mundo a esa ocupación y cruzada y a la epopeya española en América. Hasta el fin del siglo XV el inglés debe unas 66 palabras a España, y de ellas 37, o sea, el 53 por

ciento, son de origen árabe. En el siglo siguiente, de 295 hispanismos, el 12 por ciento son de origen árabe; y en los siglos posteriores el porcentaje sigue disminuyendo, 7 por ciento, 6 por ciento y en el siglo pasado 4 por ciento. Nótese que estos no son simplemente arabismos, sino hispano-arabismos, de suerte que el léxico inglés sigue hasta hoy atestiguando la huella musulmana en la península, pero su relativa importancia baja dramáticamente en comparación con la americana, y esto a partir de los primeros años del descubrimiento de las Indias. Ya en el siglo xvi la aventura india, sin ser por sí sola responsable del notorio aumento de hispanismos en el inglés durante ese período, aportó casi el 24 por ciento de ellos, dos veces más que el árabe, y la diferencia naturalmente va creciendo rápidamente, hasta ser quince veces más en el siglo pasado.

En general las palabras prestadas en el primer período, hasta 1450 ó 1500, incluyen algunas de las más naturalizadas:

<i>admiral</i> (en algunas de sus formas, vg., <i>ameraunt</i>)			
<i>alchemy</i>	<i>almanac</i>	<i>almond</i> (que no es árabe)	<i>ambassador</i> (en parte hispánico)
<i>azure</i>		<i>borax</i>	<i>camphor</i>
<i>cotton</i>		<i>crimson</i>	<i>mattress</i>
<i>orange</i> (en parte hispánico)			<i>plate</i>

Hay que confesar que la mayor parte de los hispanismos en inglés no alcanzan ese grado de adaptación y hay trozos de la lista que parecen sacados de un diccionario español:

<i>chocolate</i>			
<i>chirimoya</i>	<i>chica</i>	<i>chic(h)a</i>	<i>chilli</i>
<i>china</i>	<i>chinch</i>	<i>chinchilla</i>	<i>chino</i>

De hecho, la semejanza no es tan completa como el lector podría creer: *chirimoya*, por ejemplo, parece fuera de orden alfabético porque se escribía en un principio *cherimoya* y, desde luego, como todas, tiene su pronunciación inglesa *cherimoyer* (así también escrita); *chicha* (la bebida) se escribía así o *chica*, pronunciándose en ambas formas *chica*; la palabra que se escribe *china* es variante de *quina* y se pronuncia igual, y así sucesivamente.

Al otro extremo están las muchas palabras a las que se ha llegado a dar forma netamente inglesa, a tal punto que a veces nos sorprende saber que son de origen español. Sabido de todos es que la fruta *aguacate* pasa al inglés como *alligator* (1568), dos siglos más tarde *alligator pear*. *Barrica* se transforma en *breaker* (1833 — *bareka* 1773); por etimología popular *adivas* (afección equina) se cambia en *abivas* en español, forma que a través del francés llega al inglés como *avives*, naturalizada luego en *fives*, forma documentada (1596) antes que la original (el pobre caballo de Petrucho en *La doma de la bravía* está «full of windgalls, sped with spavins, ray'd with the yellows, past cure of the fives»). *Crab*, cierto árbol de las Indias, aparece en esa forma tan inglesa en 1769, casi cien años antes de su otra forma *carap* (1865), que tan a las claras revela su origen español, *carapa*. *Corral*, introducido en 1582, desaparece luego hasta el siglo pasado, cuando vuelve al uso en contextos americanos. En el intervalo fue sustituido, continuamente a partir de 1660, por *crawl*, forma que representa el holandés colonial *kraal*. *Dandy* (1828) representa *dengue* (1828), cierta fiebre que apareció entonces en el Caribe. *Dengue*, a su vez, es aproximación española a la palabra swahili *denga*, y en el oído popular tanto *dandy* como *dengue* parecían justificarse por los gestos aparentemente amanerados o afectados de las víctimas de la fiebre. *Cayo* en el siglo XVII dio primero *coi* (1684), pronunciado (kai), como en *cayo* mismo; luego *key* pero pronunciado (kei) en aquel tiempo, ahora (ki:). *Naseberry* suena y parece puro Shakespeare pero es lo que hemos hecho de *níspero* (o *néspera*), el zapote de las indias (en Europa *níspero* significa en inglés *medlar*, palabra derivada como el mismo *níspero* del *L. mespilum*).

Cucaracha se rehace en inglés en el siglo XVIII como *cockroach*, después de una primera importación, como a menudo ocurre, más cerca del original, *cacarootch* (Captain Smith, Virginia 1624, «A certain Indian bug, called by the Spaniards a *cacarootch*»). Hizo fortuna la forma *cockroach*, aceptándose como palabra compuesta, y en el siglo pasado, en Estados Unidos, se independizó el segundo componente: 1836, B. D. Walsh, *Aristophanes*, 89, «“Cock-roaches” in the United States... are always called “roaches” by the fair sex, for the sake of euphony (*sic*)». A lo mejor el sexo débil se preocupa sin razón, porque la sílaba que esquivaba puede derivarse más bien de *coke* = *cook*, cocinero, siendo la cocina donde más característicamente se encuentra la cucaracha.

Warsaw (1884) oculta bien su origen español, *guasa*, como también *Peter-see-me* (1617), que es, o más bien que era, la uva *Pedro Ximénez* —no se cita después de 1631—. El «pilchard» de Cornualles, tipo de sardina, se ahuma y en ese estado se ha llamado *fumado* desde fines del

siglo XVI, cuando se llevaba al norte de España para el proceso, pero localmente se llama *fair maid* (documentado desde 1848).

El proceso continúa, siendo propicias las circunstancias. El oído oye lo que quiere oír; como el mundo, quiere ser engañado. Hace algo más de un siglo se escapó del jardín botánico de Londres, Kew Gardens, una pequeña flor agreste del Perú con centro amarillo y pétalos abreviados, de nombre *galinsoga* (*galinsoga parviflora*). Desde entonces se ha propagado por todo el sur de Inglaterra, y lo hemos bautizado con nuevo nombre, *gallant soldier*. Todavía no ha entrado en el diccionario Oxford, ni en ninguno que yo conozca, pero seguramente lo hará, para formar con *fair maid* y otros miembros de esa simpática compañía.

De eventual interés fonético podría ser un estudio de estos hispanismos. Tal estudio dedicaría especial atención a las formas que originalmente tomaron las palabras al pasar al inglés. *Fair maid*, por ejemplo, además de su forma original de *fumado*, tenía otra contemporánea de ella, a saber *fumatho* (siglo XVII), donde el oyente ha tratado de representar la fricación de la *d* intervocálica, como se ve también en *cordwain* (ME), aunque aquí la representación de la fricación se hizo ya en el francés (*cordoan*, español *cordován*) del que nosotros tomamos *cordwain*.

Huelga decir que los antiguos sonidos españoles se representan en las antiguas importaciones, la *x* por ejemplo en *sherry*, *sherris* (si no en nuestro *Don Quixote*, que parece que naturalizamos temprano); el citado *Peter-see-me* la representa con *s*.

Hay ejemplos, que pueden llegar a considerarse una tendencia, de la representación de la *o* acentuada española por *oo* en inglés:

<i>patacoon</i> (1584)	<i>santoon</i> (1599)	<i>doubloon</i> (1622) (por vía del francés)
<i>picaroon</i> (1629)	<i>patroon</i> (1622) (por vía del francés)	<i>ratoon</i> (retoño 1756)
<i>maroon</i> (1740) (por vía del francés)		
<i>calaboose</i> (1797)	<i>belloot</i> (bellota 1866)	

Los primeros de estos ejemplos parecen corresponder al empleo de la *oo* a partir de fines del período del inglés medio (ME) para representar la *o* abierta inglesa (*awe*, *cost*, compárese *patacón*) además de la *o* alargada (*room* = *Rome*). Sería de preguntar si esa misma tendencia persiste

hasta los siglos xvii y xviii, sobre todo fuera de la metrópoli (*maroon* y *ratoon*, Jamaica; *calaboose*, Estados Unidos). Igualmente hay casos donde una *o* española no acentuada da *oo* en inglés, *lasso* (1808 —a pesar de la ortografía, pronunciado invariablemente *lassoo*), *buckaroo* (1829 *vaquero*), *vamoose* (1848). La ortografía inglesa puede reconocer la más marcada personalidad de la vocal no acentuada española, y tal vez su carácter monoptongal, aunque existe también la posibilidad de otras influencias en *lassoo*, *buckaroo* y *vamoose*, por ejemplo, el alargamiento de la última sílaba en las circunstancias de la vida en las estancias.

No muy diferente de algunos de estos ejemplos puede ser el cambio de *canoa* en nuestra disílaba *canoe* (1555), antes *canoa* en inglés, luego *canow* y *cano*. Sabido es que la otra terminación *ao* en *cacao* da la disílaba inglesa *cocoa* (1707), antes *cacao* (1555). Esta evolución fonética es igual a la *be Bilbao* que da *bilbo* (1598) por la muy famosa espada de aquella ciudad (Falstaff en la canasta de ropa sucia se encontraba «Compass'd like a good Bilbo in the circumference of a Pecke —hilt to point», Alegres Comadres, III, v, 112); o grillos (Hamlet V, II 6: «Me thought I lay/Worse than the mutines in the Bilboes»). Pero los marineros ingleses debían conocer a Bilbao como Bilbo, entonces escrito comúnmente *Bilboa*, ya mucho antes; y yo recuerdo cuando joven haber oído a algún empleado inglés de Babcock and Wilcox en Portugalete hablar de Bilbo, a lo mejor siguen haciéndolo. Pero *bacalao* se mantiene firme en su pronunciación, aunque con varias ortografías. Será tal vez por influencia de *cacao/cocoa* que el licor *curaçao* aparece primero en inglés (1810/1813) en la forma trisilábica, muy común en todo el siglo pasado, de *curaçoa*.

Además de las palabras españolas que entran en el vocabulario inglés, hay otro tipo de influencia que corresponde a lo que llama Lapesa «el arabismo semántico, sintáctico y fraseológico» en el español. Son las traducciones del español, y la aceptación de ciertas formas como típicamente españolas. Con contadas excepciones éstas se excluyen de mi lista. Hay que reconocer, sin embargo, que representa una influencia no menos fuerte que la incorporación de una palabra española en nuestro idioma el encontrar en nuestros diccionarios *Jesuit's bark* (por quina), *St. Thomas's balsam* (o sea, bálsamo de Tolú), *marvel of Perú*. *Olla podrida* (1599) no oculta nada de su origen, pero *potpourri* (1611) nos llega en la traducción francesa, y desarrolla acepciones distintas. Lo mismo *cloak and dagger* es «de capa y espada» a través del francés. Tal vez debamos incluir a *good taste*, siguiendo a Menéndez Pidal, pero así el proceso podría alargarse, y atenuarse el nexo. Continúa el proceso de adquisición por traducción, y de frases tan generalizadas como *fifth column*.

La terminación *-ade, -ada, -ado* (lo mismo se decía *armado* como *armada*) se reconocía cuando menos desde el siglo xvi como típicamente española y se usaba para dar un tono español a nuevas formaciones que, por otra parte, no tienen nada que ver etimológicamente con el español: *flantado* (1583), *passarado* (1626), *gasconado* (1809); *whimseycado* («If Amadis de Gaul and Palmerin/Be lies, what whimseycados are we in?» 1654 Grayton, *Pleasant Notes upon Don Quixote*, VI, v, 201). Tales palabras, aunque demuestran la influencia española, se excluyen de la lista.

También se excluyen las palabras derivadas de una importada del español, las que a veces llegan a veinte y más (*cinchona, negro*), atestiguando la importancia del *préstamo* original.

Otra manera de medir la importancia de la aportación española al inglés es considerar cuáles y cuántas de estas palabras se usan en el vocabulario corriente en Inglaterra y Norte América. Utilizando ahora como guía otro diccionario de la serie de Oxford, el *Concise Dictionary of Current English*, vemos que contiene unos 545 hispanismos, o sea, la tercera parte de nuestra lista completa. Como el Concise recoge solamente el 10 por ciento de las palabras del Oxford completo (unas 50.000 del casi medio millón en el diccionario grande), es evidente que la proporción de palabras de origen español que llegan al diccionario del «inglés corriente» es relativamente muy alta, lo que significa que el elemento hispánico es activo en el inglés y de reconocida utilidad.

ARTHUR MONTAGUE